

CIENCIA-FICCIÓN

Yo deshojo mi rosa

Pétalo a pétalo.

Yo deshojo mi rosa.

Esto es un sacrificio,
no una ofrenda.

Mi rosa ante tu plinto

en la invernal mañana que me evoca,
la rosa de tu vida deshojada
otra mañana azul
en que rompió, la muerte,
el vaso de alabastro de tu vida,
tan llena de esperanza;
tan colmada de aromas y de frutos.

Pétalo a pétalo,
como cuentas de una plegaria;
yo deshojo mi rosa, en sacrificio,
para que siga viva tu siembra;

la semilla de tus sueños,
la fecundidad de tu palabra.

Para que nazca siempre, renovada,
como en abril los brotes

y en estos días se renueva el misterio
de Dios en nuestra carne.

Yo deshojo mi rosa
 por la inmortalidad de tu canto
 en la tierra extremeña.
 Por «El Ama» y «El Cristu Benditu»;
 por el gañán y los pastores
 con migas y tonadas.

Por «La espigadora», «Venus de bronce»,
 «El Pavero y la Pavera»,

por los enigmáticos capullos de amapolas
 que mayo acuna en los trigales,
 como las madres acunan a sus niños.

Por «El Embargo».

Por la Extremadura de tus versos;
 sus costumbres serias
 su Fe honda.

Por ti, hombre bueno.

Caballero.

Poeta.

Por ti y, en sacrificio, esta mañana,
 pétalo a pétalo,
 yo deshojo mi rosa.

GREGORIA COLLADO

Cada uno de los trabajos, en prosa o en verso, que preceden, fue leído por su autor, ante el monumento erigido en nuestro Paseo de Cánovas, al egregio poeta Gabriel y Galán.

CIENCIA-FICCION

EL CATACLISMO

Por AUGUSTO OLIVER MARCOS



El Observador Astronómico recibió la llamada del Centro Superior. Todos los datos que le proporcionaban sus múltiples antenas habían sido ordenados y clasificados e instantáneamente comunicó su resultado: todo marchaba bien en su universo. Era un trabajo de rutina, exacto y venía ocurriendo así desde siempre, desde que fue creado por los Seres Superiores. El Observador Astronómico era una maravilla electrónica, una compleja máquina, un supercerebro y un centinela infalibles. A su modo, desde el momento de tener conciencia de su vida, el Observador Astronómico amaba aquel mundo maravilloso, cuyas leyes inmutables vigilaba. A través de sus antenas les eran familiares todas las cosas de aquel mundo. Sabía que tenía su vida anclada en el mejor de los universos, en el más hermoso de los planetas... Sus montañas eran de un rojo violáceo, exquisitamente bello y tan maligno que producía estremecimientos hasta causar la muerte... Aquellas tierras estaban despobladas de vida, sin animales. Sólo los Seres Superiores – sus creadores – habían sabido protegerse. Los mares, densos y plateados, también le entusiasmaban. Emitían vapores venenosos, blancos, de mágicos resplandores, que los Seres Superiores habían aprisionado y les servían de luz. La misma luz que iluminaba el planeta, dándole un fantasmagórico encanto. Pero lo que más le atraía era el cielo. Un cielo negro, como terciopelo siniestro de mortaja, donde brillaban en sus órbitas los ochenta satélites del planeta.

Era la parte que mejor comprendía, la que más amaba su corazón cibernético. Ochenta satélites, iguales y exactos, repartidos en seis órbitas. La más cercana sólo tenía dos, igual que la más alejada; las cuatro interiores, 8, 18, 32 y 18. Los veía pasar y le enviaban sus datos, invariablemente exactos, marchando de acuerdo con las leyes inmutables de la fuerza gravitatoria del planeta.